

CODIGO DEL HAMPA

ENEMIGOS PUBLICOS IDOLOS DEL PUBLICO

Por **CESAR SANTOS FONTENLA**

EL cine vuelve a la violencia. O la violencia vuelve al cine, que, en último término, viene a ser lo mismo. Esto en el supuesto de que alguna vez, en definitiva, cine y violencia hayan seguido caminos realmente separados. «Bonnie & Clyde» es el mayor éxito de los últimos meses. Lee Marvin, Oscar 1966, se impone como una de las grandes figuras del momento, y su última interpretación, «A quemarropa», agota las localidades. Un género que parecía extinguido desde hace años, el del cine de gangsters, cobra de nuevo vida. Y con él se reaviva el recuerdo de sus más significativos intérpretes, de los hombres que, encarnando a «enemigos públicos» —una definición muy de la época— se convirtieron en ídolos del público y siguieron, a lo largo de los años, carreras brillantes a lo largo de las cuales, aunque abandonaran los personajes que les llevaran al triunfo, nunca los olvidaron por completo, volviendo a ellos regularmente u operando, en otros casos, por contraste al encarnar a tipos de la catadura más opuesta a los que les habían proporcionado la popularidad.

El cine de gangsters, como género, comienza en 1927, con una obra maestra, «La ley del hampa» («Underworld»), de Josef von Sternberg. Habían aparecido, evidentemente, con anterioridad, gangsters en la pantalla. Pero éste era el primer film que se dedicaba íntegramente a un mundo —a un submundo, si se prefiere— que había empezado a formarse a partir de

1919, año en que comienza la prohibición del alcohol en Estados Unidos. Chicago y Nueva York se convierten en centros neurálgicos de la actividad gangsteril. El cine prefiere, desde el principio —quizá porque Chicago está más cerca de Hollywood que Nueva York—, situar la acción de sus historias en la primera de estas ciudades. George Bancroft es el primer intérprete de un personaje protagonista de gangster en la pantalla, y significativamente en su próximo film, también de Sternberg, «La redada» («The dragnet»), (1928), encarnará a un policía. Este parece ser el síno, salvo excepciones, de los actores especializados en los albores de sus carreras en la encarnación de «fuera de la ley». Pero Bancroft —recientemente fallecido— no se convertirá nunca en estrella, aunque será siempre un actor de excepcionales calidades. El gangster-estrella llegará más tarde. Cuando el género ya ha evolucionado.

Paul Muni es el primer gangster célebre, gracias a su interpretación de Al Capone-Tony Camonte en el fabuloso «Scarface», de Hawks. Después de él vendrán infinitos seguidores, a los que en principio predispone un físico poco usual en la pantalla en una época de galanes acaramelados, que al imponerse va haciéndolos pasar a otros papeles, bajo la incitación de las casas productoras que temen que si el público ve siempre a sus actores preferidos en papeles de «villano» acabará odiándolos. La historia del cine es pródiga en estos ejemplos. El «box office» manda. ▶

MUERTO el 14 de febrero de 1957, Humphrey Bogart, «Bogey», se ha convertido, en los once años que han transcurrido desde su desaparición, en un mito, en un símbolo, en una leyenda. Actor excepcional, personaje fuera de serie, sus films son hoy repuestos, se organizan ciclos en homenaje a su memoria. Ha compuesto, a lo largo de una carrera que duró más de veinticinco años, una imagen inolvidable de hombre a la vez recio y desencantado, pesimista y al propio tiempo fundamentalmente convencido de la necesidad de que la justicia se imponga, una justicia que no siempre tiene que ver con el concepto tradicional de la misma. Con Laureen Bacall, «Betty», que fue su esposa en la vida real, ha formado —«To have and have not», «The big sleep», «La senda tenebrosa», «Cayo Largo»— la que se ha calificado como «la más bella pareja de la historia del cine». Se ha encontrado formando parte del mismo reparto, en distintas épocas de su vida, con la mayoría de los «gangsters» que componen esta galería: James Cagney en «Angels with dirty faces», 1938; George Raft en «They drive by night», 1940; Edward G. Robinson en «Cayo Largo», 1948; Lee Marvin en «El motín del Caine», 1954; Rod Steiger en «Más dura será la caída», 1956...

Actor desde 1930, su nombre empieza a hacerse popular a raíz de 1936, cuando, al lado de Leslie Howard y Bette Davis, interpreta «El bosque petrificado», en el papel... de un gangster, Duke Mantee. A pesar del gran impacto que su interpretación produce, sigue acantonado en papeles secundarios. Su físico, entonces, se admite difícilmente, lo mismo que su voz, esa voz de la que los españoles nos hemos visto sistemáticamente privados «gracias» al doblaje. «El último refugio», de Walsh, y «The maitese falcon», de Houston —con quien interpretaría algunos de sus mejores films, entre ellos el que le



De «la más bella pareja de la historia del cine», Humphrey Bogart y Laureen Bacall en las películas —«To have and have not», «The big sleep», «La senda tenebrosa», «Cayo Largo», a la que se refiere el texto—, que se hicieron famosos en la vida real. Cuando se conocieron, dijo el crítico de cine, Bogart regaló a Laureen un sí, algo, basta con pitars», una réplica del dios —foto de la derecha—, hasta la muerte que lo depositó en el ataúd que contere

HUMPHREY BOGART

YO SOY LEYENDA

llevaría a conseguir el Oscar, «La reina de África» — marcan su ascensión definitiva. Son los años 41-42. Desde entonces Bogart empieza a ser leyenda. Si sus personajes oscilan a uno u otro lado de la ley, nunca es, como casi todos sus compañeros, policía. Cuando no está abiertamente del lado de los perseguidos — «El último refugio», «All through the night», «The big shot», «Casablanca», «To have and have not», «Retorno al abismo», «Las dos señoras Carroll», «Callejón sin salida», «La senda tenebrosa», «El tesoro de Sierra Madre», «La reina de África», «El motín del Caine», «Horas desesperadas» — es detective privado — «The maltese falcon», «The big sleep», adaptaciones de novelas de los mejores autores de la «serie negra», Dashiell Hammett y Raymond Chandler — o fiscal — «Sin conciencia» —, o, simplemente — como en «Más dura será la caída», su último film, o en «Dead End» —, un periodista obsesionado por el triunfo de la justicia y que pagará cara su obsesión. Bogart, mito y leyenda, personaje y realidad humana, merecería un largo estudio. Gaston Bounoure, en Francia, le ha dedicado uno, apasionante. Bazin, hablando de su personaje, decía: «No se define por su valor o su cobardía, sino, ante todo, por esa madurez existencial que transforma poco a poco la vida en una ironía tenaz a expensas de la muerte».

De todos los «gangsters», de todos los «fuera de la ley» cinematográficos, Bogart ha sido, sin duda, el más grande, el más humano también. Es, ya, una leyenda. Una leyenda que él fue el primero en despojar de sus elementos alienantes a través de su vida y de su propia obra, especialmente de sus últimas películas, que analizadas con la perspectiva que permite el tiempo, no son sino una serie de vueltas de tornillo encaminadas a la desmitificación de un personaje que, pese a todo, sigue siendo mítico.



cine» se calificó a la formada por Bogart and have not», «The big sleep», «La pertenece la foto de la izquierda — como ante el rodaje del primero de los films en el que se leía: «Cuando necesites go. Ella lo conservó, atado a una pulsera actor, el 14 de enero de 1957. Entonces, su cuerpo... Todo había concluido.





LEE MARVIN

UNO DEL PATIBULO

Oscar 1966 por «La ingenua explosiva» —absurdo título español de «Cat Ballou»— Lee Marvin es, sin duda, el más seguro candidato a la sucesión de Bogart. Antes de su promoción a primera figura había sido, como él, un actor acantonado en los segundos papeles, segundos papeles que, con frecuencia, se convertían en protagonistas al margen de su extensión. A caballo entre los films de gangsters y el western, es, sin embargo, en el primer género donde obtiene sus mejores éxitos. Su intervención en «Los sobornados», de Fritz Lang (1953), donde desfiguraba el rostro de la fascinante Gloria Grahame arrojándole vitriolo, se recuerda mucho más nítidamente que la de Glenn Ford, protagonista del film. Lo mismo que su interpretación del personaje de «Chino» en «¡Salvaje!», el film de Benedek llegado tan tardíamente a pantallas españolas, llega incluso a oscurecer el de Brando. Convertido en primera figura, sus máximos tantos se los apunta en «Código del hampa», el excelente film de Don Siegel, y en «A quemarropa», actualmente en cartel, ambos al lado de la fabulosa Angie Dickinson. Y su éxito en «Doce del patíbulo» no debe poco a su trayectoria paralela de gangster cinematográfico, que da a su personaje del film de Aldrich —con quien ya había trabajado en un papel similar en «Attack», desconocido en España— su verdadera dimensión y en consecuencia, proporciona, aunque sea en clave, los datos para la auténtica comprensión de la obra.



PAUL MUNI, ROD STEIGER, JASON ROBARDS

TRES ROSTROS PARA AL CAPONE

La figura del «rey de Chicago» ha sido abundantemente llevada al cine. La primera vez, en vida del personaje, por Howard Hawks, con Paul Muni como intérprete, en «Scarface» (1932), donde, por razones fácilmente comprensibles, el gangster no era designado por su nombre, sino por el de Tony Camonte. Se trataba, ya queda dicho, de una de las obras maestras del género. Luego Muni, después de interpretar «Soy un fugitivo», se pasó al terreno de los personajes nobles, protagonizando las biografías de Zola, Pasteur, Juárez...

Steiger, que había atraído la atención sobre él en 1954, al interpretar al hermano de Marlon Brando en «La ley del silencio», se haría cargo del personaje en 1959, bajo la dirección de Richard

Wilson, en un film titulado, simplemente, con el nombre del gangster. En 1968 obtendría el Oscar al mejor actor por su interpretación de un policía en «En el calor de la noche», después de haber interpretado, en «Y vino un hombre», la figura del Papa Juan XXIII...

Por último —la lista no es exhaustiva—, Jason Robards, en una película muy reciente de Roger Corman —«La matanza del día de San Valentín»—, de pretensión documental y verista, encarna a Capone siguiendo el modelo de Bogart, actor al que parece obstinado en imitar no sólo en la composición de su físico y de sus personajes, sino en su vida privada: se ha casado con su viuda, Laureen Bacall...

ENEMIGOS PUBLICOS IDOLOS DEL PUBLICO



EDWARD G. ROBINSON

EL ULTIMO GANGSTER

Este era el título de un film interpretado por Robinson... en 1938. Hasta entonces, el actor, revelado por «Hampa dorada» («Little Caesar») en 1930, se había especializado en la composición de tipos de «fuera de la ley». Luego, en «Yo soy la ley», pasaría del otro lado de la frontera. Alcanzada la madurez —nació en diciembre de 1893—, sus papeles alternarían entre los de buen hombre cogido en la trampa —en este terreno es especialmente significativo el de «Pasaporte a la fama» (John Ford, 1935) en el que Robinson hace el doble papel de un famoso jefe de banda y de un hombre, habitante de una pequeña ciudad, al que todo el mundo confunde con él— y los de viejo gangster

derrotado. Al primer apartado pertenecen sus interpretaciones en «Perversidad» y «La mujer del cuadro», ambos de Fritz Lang. Al segundo, las de «Cayo Largo», de Huston, y «Odio entre hermanos», de Mankiewicz. Últimamente, después de una época de relativo retiro, en la que con más interés que la interpretación cinematográfica —que nunca ha abandonado por completo— se ha dedicado a su actividad de coleccionista de pintura moderna, Robinson ha reemprendido su trabajo, con frecuentes incursiones a Europa. De sus últimas interpretaciones hay que destacar la de «El rey del juego», al lado de Steve McQueen, bajo la dirección de Norman Jewison.

Los años treinta —la época más rica del cine americano— son los más pródigos en films del género. Luego, cuando los Estados Unidos entran en la guerra, las cosas cambian. Al film de gangsters «puro» sucede, como reacción a una tendencia alienadora oscilante entre los musicales —falsos musicales— en «glorioso technicolor», y, de ser posible, con Betty Grable a la cabeza del reparto y los films de exaltación bélica, el film negro. Dashiell Hammett, uno de los mayores novelistas americanos, y no sólo dentro del género, es adaptado a la pantalla en una obra maestra de John Huston, «The maltese falcon» («El halcón maltés», 1942), en la que Humphrey Bogart tiene uno de sus primeros papeles estelares, aunque también deba sufrir el que uno de sus personajes sirva de base a la serie de «Ella, él y Asta», interpretada por los entonces inseparables William Powell y Myrna Loy. A Raymond Chandler —el mejor después de Hammett en la «serie negra»— le llega el turno con «The big sleep», también interpretado por Bogart y dirigido por Howard Hawks. En un momento en que, dadas las circunstancias por que atraviesa el país, realizar un cine inconformista es poco menos que imposible, el cine negro hace el milagro, aunque sea recurriendo en más de una ocasión a la clave y el lenguaje críptico. El género se impone, y con él una serie de nombres. De realizadores y de intérpretes. Bogart en primer lugar. Alan Ladd, «el asesino angélico». George Raft, que inicia una segunda carrera, después de haber debutado como bailarín. James Cagney, gran figura en los años treinta, que filma en los cuarenta su film más brutal y significativo. Aparecen, junto a los gangsters, los «duros». Glenn Ford abofetea a Rita Hayworth en «Gilda», cuando ya ha llegado la paz. Hasta que aparece el senador McCarthy y comienza la «caza de brujas»...

El cine negro deja paso a la encuesta verista, siempre, en el fondo, con una propaganda política subyacente. Los «malos chicos», sin trabajo, colaboran a la serie: Cagney, Bogart, Widmark hacen películas anti-rojas. Rodadas en «los verdaderos lugares de la acción», eso sí. La violencia se impregna de xenofobia. Lo que en el cine negro era puesta en tela de juicio de una sociedad, la americana, a través de un prisma deformador si se quiere, pero válido y enormemente expresivo, se hace, de repente, acusación de todo lo que sea «no-americano»; defensa, en consecuencia, del «american way of life». Luego, la década de los cincuenta avanzada, sólo los «grandes», prácti-

ENEMIGOS PUBLICOS IDOLOS DEL PUBLICO

camente sólo Bogart sigue en la brecha. El género, pese a sus diferentes evoluciones, parece definitivamente enterrado. Hasta que, en el albor de los sesenta, renace con un nuevo impulso, con un halo nostálgico también. Boetticher, en «La ley del hampa» («The rise and fall of Legs Diamond», 1960), supera las limitaciones de la serie «B» en que su película se inscribe; el éxito de un eterno serial de televisión, «Los Intocables», protagonizado por Robert Stack—veinte años atrás insulso galán de las comedias blancas que interpretaban Diana Durbín o Gloria Jean—hace que los productores vuelvan los ojos hacia lo que de nuevo puede ser un filón; la ascensión al estrellato de Lee Marvin y Rod Steiger supone la posibilidad de dar un nuevo toque al género con cabeceras de reparto que garanticen la rentabilidad... «Harper», de Jack Smight, con Paul Newman como intérprete principal, es el más ilustre exponente de la continuación, al cabo de los años, de un «cine negro» puesto al día junto con los dos de Marvin ya citados...

No están, evidentemente, en esta galería de retratos de enemigos públicos que han sido —o son— ídolos del público «todos los que son», pero sí «son todos que están». Habría que haberse referido, en un afán de exhaustividad, a algunos actores de los que se habla sólo de pasada y a otros a los que, por necesidades de espacio, ni siquiera se cita. Peter Lorre, en primer lugar, que después de su «M» en Alemania actuó junto a Bogart—siempre Bogart— en «The maitese falcon», «Casablanca», «Beat the devil». El Sterling Hayden de «Jungla de asfalto» y «Atraco perfecto»; John Garfield, Warren Beatty, Chester Morris. Los secundarios: Joseph Calleia, Mike Mazurki, Jack Elam, Elisha Cook, Ted de Corsia, Albert Dekker. Los galanes, como Robert Taylor, que han pasado por su época de gangster. Y habría que hablar, sobre todo, de las compañeras —amantes, esposas, prometidas— que, con Laureen Bacall a la cabeza, han colaborado a que los films de gangsters hayan sido lo que han sido, hayan representado lo que han representado: Evelyn Brent, Ann Dvorak, Claire Trevor, Elizabeth Scott, Barbara Stanwyck, Veronica Lake, Barbara Nichols, Yvonne de Carlo, Ava, Marilyn, Marlene... La lista sería interminable. Raro es el actor, como rara es la actriz, que una vez en su vida al menos no ha intervenido en un film de gangsters o en un western importante. Estas líneas pretenden ser un homenaje si no a los mejores —que también— sí a los más representativos de aquéllos. ■ C. S. F.



RICHARD WIDMARK

MALOS ANTECEDENTES

Nadie identificaría al Widmark de hoy, siempre dispuesto a la defensa de la «justa causa», o al protagonista de tantos films de la serie anti-roja, con uno de los más conspicuos gangsters de la pantalla. Si Cagney es el mejor ilustrador del principio de que «cualquier enemigo vale», Widmark lo es de la norma —sólo desmentida por Bogart— de que, en la escala de valores hollywoodiana, los actores más idóneos para encarnar a los gangsters lo son también para dar vida a los policías. En una reciente visita a París, con motivo del estreno de su último film, Widmark ha recibido la medalla de la ciudad por su contribución a la exaltación del cuerpo. Pero no hay que olvidar que el comienzo de su brillante carrera fue con la interpretación del personaje de Tommy Udo en «El beso de la muerte», cuya escalofriante manera de reír repitió en sucesivas apariciones en la pantalla como «tic» seguro de éxito. De aquella película, cuyo protagonista era el hoy olvidado Victor Mature, se recuerda, ante todo, la risa de Widmark y el momento en que arrojaba por la escalera a la vieja parálitica. Luego Widmark volvería a ser gangster en «La calle sin nombre», en «Noche en la ciudad», en «Manos peligrosas», antes de pasar, por primera vez, del lado de la ley en «Pánico en las calles». Ahora alterna sus papeles de tal con los de héroe del Oeste...





JAMES CAGNEY

CUALQUIER ENEMIGO VALE

Es el más característico ilustrador de la máxima que encabeza estas líneas. Lo importante es luchar, vencer... La acción por la acción. Bajito y rubicundo, su aspecto externo era, por contraste, un elemento que valoraba la eficacia de sus interpretaciones de personajes brutales y de gran temple. Defensor, con idéntica convicción, del «bien» o del «mal», lo que importaba en sus películas era aquella eficacia. Fue, alternativamente, gangster o policía. Procedente del campo de la comedia musical, volvió en ocasiones al género. Interpretó la biografía cinematográfica de Lon Chaney. En «Ciudad de conquista» tuvo como compañero de reparto a Elia Kazan. En «Angels with dirty faces», a Humphrey Bogart. En «Hampa dorada», a Edward G. Robinson. Quizá el más brutal de los films en que intervino pertenece a su época de madurez; se trata de «Al rojo vivo», de Raoul Walsh (1949), donde encarnaba el tipo de un gangster dominado por una madre que interpretaba Margaret Wycherly. Últimamente parece retirado de toda actividad interpretativa, y ha iniciado una segunda carrera de realizador con «A dos pasos del infierno». Recientemente se repuso en pantallas españolas uno de sus films «clásicos», «Contra el imperio del crimen» (William Keighley, 1935).



GEORGE RAFT

VIVIENDO EL PASADO

Es, sin duda, el único de los gangsters cinematográficos que ha visto su vida real influenciada por los papeles que, repetidamente, ha interpretado en la pantalla. Si Bogart insufló su auténtica personalidad a los tipos por él encarnados, con Raft ocurrió lo contrario. Después de unos comienzos como danzarín —«Bole-ro», «Rumba», al lado de la maravillosa Carole Lombard— su intervención en «Scarface», como «segundo» de Muni-Capone, le valió el encasillamiento en el género. «El gangster y la bailarina», «El regreso del gangster» son sólo títulos elegidos al azar, y en función de su significatividad, de su larga filmografía. Pasado el apogeo del género, Raft decidió «vivir sus personajes» al mar-

gen de la pantalla. Montó casas de juego en La Habana, luego en Caracas, más tarde en Londres... Volvió, de tarde en tarde, a la pantalla para interpretarse, con una ironía que no deja de ser admirable, a sí mismo, bien en «Con faldas y a lo loco», de Billy Wilder, bien en «El terror de las chicas», de Jerry Lewis. Su última aparición ante las cámaras fue, en una brevísima intervención del mismo tipo, en el «último» James Bond, «Casino Royale». Hace algo más de un año estuvo en España para interpretar una película, pero debió abandonar el país —con la consiguiente suspensión del rodaje— llamado al suyo urgeramente para declarar ante las autoridades...